

Asentamiento de lo real

Miguel González-Diez

“Antes de la mirada, el paisaje era sólo territorio”¹ dice Fietta Jarque. “La naturaleza en su estado más puro e ilimitado se convierte en paisaje a partir del momento en que es observada desde un determinado lugar y en la medida de lo visible. Por lo tanto, el paisaje es cultura y apreciación estética”².

Animado por la infinidad de seres que lo habitan, de colores, sabores y olores cambiantes, el *paysage* constituye, en la experiencia de recorrerlo un gran conjunto de afectos para el ser. En él se nace, se vive y se muere. Aunque constituye un elemento ficcionado de la naturaleza, no se trata un mero telón de fondo, no es teatro, sino que tiene más que ver con lo que Eduardo Martínez de Pisón denomina asentamiento de lo real, aquel lugar en “donde lo que nace nace, lo que vive vive y lo que muere muere, lo que ríe ríe y lo que sufre sufre. El paisaje es, como lo cultural, como la estructura social, base de la circunstancia de la vida, el lugar de la experiencia”³.

Pero cabe pensar que el paisaje sea algo más que la naturaleza filtrada a través de los sentidos humanos. Quizás comprenda aquello a lo que José Ortega y Gasset se refirió como mundo visible y transmundo, lo que sin ser visto sirve para articular y dar forma.

Los de Judith López Borobio son paisajes velados al modo de *Shōrin-zu byōbu* del pintor japonés Hasegawa Tōhaku (1539-1610), donde uno es invitado a transitar por un bosque de tímidos pinos, camuflados entre la densa niebla, una especie de paisaje silencioso (no)pintado, construido a partir de los vacíos-blancos, extrañamente invadido en ocasiones por las finas púas de las coníferas que dibujan un bosque casi inexistente, pero del que se tiene una singular presencia corpórea. Allí uno se hunde en lo más profundo para encontrarse así mismo. El paisaje es aquel lugar-en-común con la naturaleza.

Las sedas que cuelgan y danzan ante la más mínima presencia, los relieves blancos-mudos de ramas encontradas en la orilla de la playa o los fragmentos repetidos y desplazados de rocas que enfatizan una naturaleza cambiante. Judith López Borobio ofrece un paisaje que conlleva frente a la inabarcable totalidad del mundo, un ser para sí, se muestra como una entidad autónoma donde antes lo natural diluía la más mínima frontera.

1 JARQUE, Fietta, «La rebelión del paisaje», *Babelia*, 20 de septiembre de 2008.

² *Ibid.*

³ MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, «Saber ver el paisaje», *Estudios Geográficos LXXI* (julio de 2010): 404.